

ticia tiene por título *Adiciones á la doctrina cristiana, que compuso Fr. Diego de Córdova.*

Pero sugetos como el héroe de esta historia, no han menester estampar su nombre en la portada de un libro para legar su memoria á la posteridad. Fresca y suave la guardarán los siglos como un perfume del cielo. Nosotros hemos aspirado ese perfume delicioso, y aun sentimos en el alma un gozo que no se disipará jamás. La vida de Fr. Domingo Betanzos es la de un modesto religioso, pero un religioso ajustado á los preceptos del antiguo instituto, y á las exigencias de todas las sociedades y de todos los tiempos: resplandece en ella el verdadero discípulo de Jesucristo, digno de estima por las obras y por los subidos quilates de la virtud. Al seguirla en todo su curso y peripecias, el corazón no puede menos de prendarse de un hombre que tan ardientemente profesaba el culto de Dios y de la humanidad, llevando el amor divino hasta la abnegación, y el de sus hermanos hasta el sacrificio.

VII.

CALAMIDADES.

En el cuadro cuyo velo vamos poco á poco descorriendo, todas las figuras son bellas, todas subyugan al alma porque muestran en la frente el sello de la virtud. Y aunque la del P. Betanzos es entre ellas la mas descollante, quedan otras de segundo orden no menos amables que irá contemplando el lector en el curso de esta narración. Pero así como no hay pintura sin sombras, ni grande efecto artístico sin contraste, no faltó al lado de los religiosos eminentes, cuya vida estudiamos, un mal fraile, una figura siniestra y mezquina que realza el mérito de las otras en el hermoso grupo de los primeros fundadores de nuestro convento.

Era este desgraciado (de cuyo nombre no quiso acordarse el cronista, y será bien que respetemos su olvido) un joven adinerado de esta capital, que errando de medio á medio la vocación, y cediendo á un entusiasmo pasajero, tomó el hábito de Santo Domingo.

Durante el año del noviciado mostró felices disposiciones para la vida á que se consagraba, y ni el monge mas austero hubiera observado un levisimo lunar en su conducta; mas apenas trascurrieron algunos meses despues que hizo la profesion solemne, cuando empezó á descubrir su verdadero carácter, que era el reverso del que habia manifestado. Comenzó por desobedecer á los superiores, siguió por burlarse de sus piadosas amonestaciones, y acabó por insultarlos de un modo acerbo y entrar frenético en la carrera del libertinaje y escándalo.

Llegado á este extremo, deploraron los religiosos sus yerros sin pretender que se redujese á buen camino, porque lo consideraron inútil; y la determinación que tomaron todos de comun acuerdo, fué despojarle de un hábito que era indigno de vestir y echarle ignominiosamente á la calle, como lo verificaron. ¡Mengua eterna á los hombres que por no malquistarse, vuelven los ojos á un lado para no ver los abusos! ¡Honra y prez á los que arrostrando los peligros del escándalo, antes quisieron mostrar que se habian equivocado en su elección, que abrigar una serpiente en su seno!

Mas no deseaba otra cosa el fraile libertino, y una vez desbocado por el carril del mundo, no tuvo límites su corrupción. La capital fué ya un círculo estrecho para su vida licenciosa, y acompañado de dos jóvenes perversos como él, á quienes erróneamente apellidaba amigos, parte á lejanas tierras á hacer gala del asqueroso cáncer que le devoraba.

Desde este punto se pierde el hilo de su historia, y no le hallaremos sino hasta algunos momentos antes de su muerte, ocurrida en Tabasco. Solazábanse los tres compañeros á orillas de un rio caudaloso. Era la siesta: las aves se acogian al follaje de los árboles para escudarse contra los rayos de un sol tropical; apenas tienen aliento para confiar al aire alguna que otra melodía. Las flores de las márgenes se inclinan desmayadas por el calor, y no se mueven sino al pasar alguna brisa perdida, que suena entre las hojas como un suspiro de la soledad.

Entre tanto, los jóvenes recostados sobre la grama veian espe-

jearse las copas sombrías, y las cortinas de lianas intrincadas y caprichosas. Vaga el río mansamente, ostentando una superficie tersa y cristalina como una alma sin doblez. El cielo, de un azul claro donde juega la luz diamantina, también se retrae en aquella agua purísima, ofreciendo la imagen de una vida tranquila, dedicada al cumplimiento del deber. Los tres espectadores se gozan en aquel cuadro sin hablarse; dos de ellos recogen en el fondo de su corazón el placer inefable que gota á gota se desprende de los objetos; pero el otro pasa adelante con la consideración; piensa en su destino, y de recuerdo en recuerdo llega hasta los días serenos de su niñez embellecidos por el cariño maternal, por los contentos embelesadores de la familia, y por el entusiasmo religioso que Dios hace gustar á la inocencia. Piensa después en los extravíos de su juventud, y entonces el remordimiento suscita en lo íntimo de su alma una tempestad horrible que le hunde en la desesperación: quiere un instante volver al sendero de la virtud, mas luego se arrepiente, cree delirar, y ríe y se burla de sí mismo.

En este instante brota del río un extraño ruido; la superficie se turba formando olas que avanzan hasta la orilla, y en medio del agua trasparente aparece un monstruo que se dirige hácia los espectadores nadando y con los ojos hechos brasas. Es un enorme cocodrilo.

Al verle aquellos dan un grito de terror y emprenden la fuga á todo correr; pero el terreno escabroso y casi escarpado opone un obstáculo invencible á la soltura de sus movimientos, y el reptil espantoso que los sigue no descansa hasta hacer presa en el que se queda atrás, á quien despedaza y devora.

Este infeliz no era otro que el fraile renegado, cuya vida y lastimoso paradero deploraron los dominicos como una calamidad.

Con otra quiso affigirlos la Providencia, que en aquellos tiempos de fe sincera y de gran fervor religioso se tuvo por un azote del cielo.

Hallábase en Guatemala Fr. Domingo Betanzos, y el religioso que durante su ausencia habia quedado haciendo las veces de prior en el convento, quiso decir misa cierto día muy de mañana, y antes del amanecer se encaminó á la iglesia. No celebraba el santo sacrificio sin prepararse con un rato de oración, y acostumbra hacerla delante del sagrario. Llegóse en

esa ocasión á un sitio próximo al altar; mas cuál sería su asombro al notar que la puerta del sagrario estaba abierta y los objetos contiguos en desorden! Acércase, registra, y helado de espanto ve que falta la urna en que estaba guardada la custodia... — ¡Robo sacrilego! ¡se han llevado al Santísimo Sacramento! el Señor castiga en nosotros alguna grave culpa! . . .

Tales fueron las exclamaciones que resonaron por todo el convento, y que pronto tuvieron eco en la ciudad. Día fué este de luto y consternación para los frailes, no menos que para los vecinos todos.

Salieron los primeros, y voz en cuello, con las mejillas humedecidas en llanto, publicaban por calles y plazas el desgraciado suceso, dando á conocer muy á las claras que no habia medio humano que los sacase de aquella tribulación. Dispusieron por tanto, de acuerdo con las autoridades, implorar la piedad divina en un acto solemne á que concurriesen todos los habitantes, por ver si con este arbitrio lograban coninover las entrañas del impío que cometiera tan abominable desacato, y le decidían á confesar su crimen así como á entregarles la custodia.

En consecuencia se hizo el día siguiente una procesion de sangre, á la que asistieron los principales vecinos, la audiencia y el marqués del Valle, que no dejaba pasar ocasiones como esta sin aprovecharlas, para acreditar mas y mas su amor á la religion y el gran respeto con que miraba á los padres dominicos. En ella salieron estos descalzos y con la cabeza cubierta de ceniza, asociados á los franciscanos, y todos presididos por el P. Fr. Martin de Valencia, que al mismo tiempo iba predicando. Adoptó por testo las palabras *quem queritis?* que dirigió Jesucristo á los judíos que venian á prenderle, y desarrollando todo su sermón sobre ese tema, hacia derramar abundantes lágrimas al auditorio.

Tal fué el modo con que procuraron aquellos frailes sencillos reparar el sacrilegio. La autoridad por su parte hizo también lo posible por descubrir al criminal, pero en vano: todo el fruto que dieron sus pesquisas fué el haber hallado á orillas de la laguna varios fragmentos de la urna susodicha.

La tercera de las calamidades que nos hemos propuesto referir no cayó directamente sobre el convento de Santo Domingo; pero siendo un suceso perteneciente á la historia general del país, en que figuran los religiosos á un tiempo como víctimas y

como ángeles de caridad, sería culpable omisión no consagrarle algunas líneas. Para esto nos trasladaremos al año de 1575.

Algunos antes habían celebrado los españoles el quincuagésimo de la toma de la capital con públicos festejos, en que tuvieron participio los indios, como si quisiesen demostrar que, olvidados de sus antiguas glorias, no daban ya ningún valor al holocausto de su independencia, y más bien se afanaban en adornar con rosas el yugo que los oprimía. Depuesta la actitud hostil que no pocas veces habían manifestado recién hecha la conquista, empezaban á complacerse en el letargo que produce la costumbre de la esclavitud, y ya solo apetecían una paz no interrumpida. Pero el cielo, que miraba su envilecimiento con desden, iba á mandar sobre ellos, no los desastres de la guerra pero sí los males de una plaga más terrible.

A la aparición de un cometa sucedió un día la de las parellas, que se vieron desde las ocho de la mañana hasta la una de la tarde. De aquí tomó ocasión el vulgo para hacer anuncios fanélicos, y el resto del año se pasó en continuos sobresaltos.

Más por una de aquellas raras coincidencias que se efectúan en el orden de los humanos sucesos, el siguiente año vino á justificar los temores que se habían concebido. Una peste horrible empezó á desarrollarse entre los naturales con tal vehemencia, que para curarla no bastaban los muchos médicos que había, y aunque estos se hubieran multiplicado, no hubieran sido de provecho, siéndoles incógnita la causa y sus remedios. No sabemos (dice el P. Cavo, de quién es esta noticia) en qué lugar haya comenzado, pues los autores lo callan. Lo que consta es que por más de seiscientas leguas desde Yucatan hasta los Chichimecas, corrió con tal mortandad de los naturales, que en la historia de Méjico no tiene ejemplar.

Entrada la primavera, sin haber precedido causa alguna, comenzaron los mejicanos á sentir fuertes dolores de cabeza, á estos sobrevinía calentura, que les causaba tal ardor interior, que con las cubiertas más ligeras no podían cobijarse. Nada los recreaba más que el salir de sus pobres casas y echarse ó en sus patios ó en las calles, lo que hacían los que carecían de asistencia: á esto se agregaba una perpetua inquietud, y sobreviniéndoles flujo de sangre á las narices, á los siete ó nueve días morían. Si alguno por dicha escapaba de este fatal término, quedaba con tal debilidad, que á cada hora temía la muerte.

“Ninguna casa de los mejicanos fué esenta de esta calamidad, por haberse pegado la peste de unos á otros, y esta fué la causa del grande estrago que hizo. Aquellos que ó no tenían deudos que los asistiesen, ó cuyas familias todas estaban contagiadas, no teniendo quien les ministrara aquel corto alimento de atole, como llaman en Méjico, ó de poleadas de maíz, morían de hambre; y fueron tantos los que murieron por esta causa, que acaso á los principios mayor estrago hizo la necesidad que la peste. Esta no perdonó sexo ni edad, y causaba horror entrar en las casas de los apestados y hallar á los moribundos niños entre los cuerpos de sus difuntos padres.

“Los mejicanos, casi atónitos con aquel imprevisto estrago, como si su raza hubiera entonces de acabarse, caían en una profunda melancolía que les era fatal. Mejicanos hubo que se contagiaron de miedo. A la verdad, este azote de la divina justicia tenía tan maligno carácter, que no se puede explicar, y por lo mismo pareció cosa extraña, mucho más teniendo la singularidad de que contagiándose casi todos los naturales, los españoles é hijos de ellos gozaban de salud.

“El arzobispo, que era á la sazón D. Pedro Moya de Contreras, y el virey D. Martín Enriquez, cada uno por su parte pensó en levantar hospitales en que se curaran los apestados; pero imposibilitado este arbitrio por ser la peste general, llamaron según conjeturo á los médicos más insignes y los exhortaron á que averiguada la causa, aplicaran los remedios convenientes; pero éstos después de muchas juntas y repetidas disecciones de cadáveres hechas en el hospital real por el Dr. Juan de la Fuente, nada determinaron, pues en los anatomizados no observaban sino hinchazón en el hígado, y así jamás atinaron con los remedios: lo que á los unos sacaba de las fauces de la muerte, aplicado á otros les abreviaba la vida: las sangrías y demás auxilios del arte nada aprovecharon.

“Viendo esto el arzobispo, llamó á los superiores de las religiones y les encomendó el cuidado de los apestados. Encargados estos, conforme al número de sujetos que tenían, los padres franciscanos, dominicos, agustinos y jesuitas, se distribuyeron por aquellos barrios de los indios, de esta manera: los unos llevaban los alimentos y medicinas; otros oían sus confesiones, les administraban el viático, extrema-unción y los exhortaban á morir cristianamente: en seguida venían otros que sacaban de las ca-

sas los cuerpos muertos y llevaban á enterrar á las iglesias vecinas: esto se hacia á los principios; pero despues, cuando la mayor parte de los naturales estaba contagiada, en los cementerios, que por lo comun están delante de las iglesias, se abrian profundas fosas en donde les daban sepultura eclesiástica.

“Tuvieron gran parte en el piadoso trabajo de asistir á los apestados no solo los clérigos, sino tambien los seculares; pero sobre todos, las matronas, mujeres é hijas de españoles, que se mostraron en esta ocasion madres de los desvalidos indios: corrian estas acompañadas de sus criadas por aquellos barrios, de casa en casa, limpiando las horruras de los enfermos. Conociendo, como era verdad, que la incuria y desaseo eran causa de tanto mal, los proveian de ropa limpia y les suministraban los alimentos mas delicados que su caridad les sugeria; y como para el cuidado de los enfermos están dotadas de particular gracia, á muchos libraron de la muerte.

“Esta asistencia poco mas ó menos tuvieron los indios en las poblaciones donde habia muchos españoles; pero en aquellas en que solo ellos habitaban, todo el cuidado de los apestados cargó sobre los curas, religiosos, que salian de sus conventos ó casas al amanecer, gastando el dia en administrar los sacramentos, enterrar á los muertos y llevar la comida y remedio á los enfermos: ni volvian á sus casas sino al Ave-María. Este continuado trabajo fué la causa de que muchos murieran. Cuántos hayan sido estos se ignora. Se sabe solamente que de los padres franciscanos murieron muchos, ocho de los padres dominicos y uno que fué el rector de los padres jesuitas. Y de verdad me es muy sensible que escribiendo la historia de Méjico no pueda dar razon individual de tantas víctimas de la caridad que nos dejaron tan buenos ejemplos. Es de notar que estos celosos ministros no fallecieron de peste, pues como antes dijimos, ningun español se contagió sino de otra enfermedad parecida á esta, originada del esceseivo trabajo y hálito pestilente de los enfermos.”

¡Sea cual fuere el nombre de esas víctimas sagradas, bendito sea! Erígense monumentos suntuosos á los conquistadores; se repiten de una en otra generacion los nombres de los bárbaros que por saciar la ambicion ó la codicia derraman la sangre de sus hermanos; apláudense los crímenes de los grandes guerreros de oficio, bienas vestidas de hombres, asesinos con disfraz de galones, que en el vocabulario de los necios se llaman héroes, y se

condenan al olvido los nombres de los atletas de la virtud, que dan gustosos la vida por salvar la de sus semejantes! ¡y la posteridad tiene que preguntar en vano quiénes fueron los mártires de la caridad! . . . ¡Almas sublimes! ¡piadosos desconocidos! gozad en vuestra esfera de soles la eterna recompensa debida á los grandes méritos! No habeis menester para vuestra gloria ni los mezquinos recuerdos ni los tibios homenajes del hombre; mas plegue al cielo que vuestro ejemplo tenga siempre muchos imitadores! ¡plegue al cielo que sepamos todos aprovecharnos de la leccion que nos dais en vuestra vida!

VIII.

NUEVO SERVICIO.

Hubo antes, en 1545, otra peste que tambien atacó solo á los naturales, y en los seis meses que duró hizo desaparecer cinco partes de la poblacion de esta raza, aunque Dávila Padilla asegura que no fallecieron mas que ochocientos mil individuos. En ella prestaron los dominicos los mismos servicios eminentes que en la referida poco antes. Ademas en este año se señalaron por otra accion de mas valia, que no debemos pasar en silencio.

Ya se ha dicho cuánto trabajó Fr. Domingo Betanzos por la libertad de los indios. Pero los insignes triunfos que alcanzó sobre los interesados en mantener la esclavitud, solo sirvieron al principio para exacerbar las malas pasiones de estos, y si bien pudo afirmarse que habia salido vencedor en teoría, los encomenderos se encargaron de probarle que era fácil y hacedero frustrar sus miras en la práctica. Los repartimientos seguian en vigor, y conforme al antiguo sistema.

Verdad es que por influjo del venerable Las Casas, el emperador habia prevenido en una ley “que se tuviera cuidado de que los españoles trataran bien á los naturales, pues eran tan libres

como ellos; pero tanto esta como otras hidalgas disposiciones eran eludidas por los encargados de cumplirlas, cediendo á las instancias de los muchos que pretendian seguir viviendo del jugo de las encomiendas. Ni aun la comision del visitador Tello surtió todos los buenos efectos que era de esperarse.

No obstante, la ejecucion de uno de los puntos que abrazaba, dió márgen á un hecho que favoreció grandemente la causa de los naturales. El punto á que aludimos era nada menos que la òrden de convocar á los obispos de la Nueva-España para que arreglaran lo que convenia al bien espiritual de aquellos infelices.

Juntáronse efectivamente en esta ciudad todos los obispos, menos el de Chiapas, que ya lo era Fr. Bartolomé de Las Casas, á quien el virey Mendoza detuvo á algunas jornadas de aquí para sustraerlo á los insultos de los encomenderos, que le odiaban como á su mayor enemigo; y si bien es cierto que de esta junta, especie de concilio provincial, á la que concurrieron igualmente los superiores de San Francisco, San Agustín y Santo Domingo, nada resultó desde luego favorable á la mira con que se habia convocado, todavía sirvió para mover la cuestion de si era ó no lícita la esclavitud de los indios, que se trató animosamente en otra conferencia posterior.

Tuvo ésta verificativo en el convento de dominicanos. No quiso el virey que asistiesen á ella los obispos, porque siendo protectores de ellos los encomenderos, se dijo que indudablemente resolverian á su favor; pero sí asistieron además de nuestros frailes muchos otros eclesiásticos de probada virtud y ciencia, y unánimes resolvieron que por ningún título era lícita la esclavitud de los mejicanos, y que á los que hasta entonces habian estado en ella, debia darse libertad. “Esta decision (dice el historiador antes citado) con aplauso de los naturales de Nueva-España, se publicó por toda ella, y aun por las islas, para que constara que cuanto en aquella materia habian ejecutado los españoles, era contrario al derecho divino y humano. A mas de esto, los obispos en las diversas sesiones que tuvieron, fuera de otras resoluciones que no pertenecen á esta historia, decretaron que los encomenderos negligentes en tener ministros eclesiásticos en sus repartimientos que enseñaran la doctrina cristiana y administraran los sacramentos á aquellos neófitos, fueran privados de sus encomiendas y compelidos á restituir todo lo que de ellos

habian percibido, cuyo producto se aplicaria á la enseñanza de aquellos y de otros indios.”

Tal era la ingerencia que por razon de su ministerio creian deber tener entonces los eclesiásticos en la politica; tales los medios de que echaban mano para conciliarse el amor y la estimacion de los pueblos; tales las armas que juzgaban lícito y conveniente blandir contra los gobernantes para obligarlos á entrar en el sendero de la justicia. ¿Quién hubiera sido osado á tacharlos en su conducta de parcialidad vituperable? ¿Los movia algun sentimiento bastardo? Pero su interes personal y de corporacion hubiera ganado mas en ponerse del lado de los encomenderos. ¿Tenian mucho que esperar de los mejicanos? Al contrario; debian estar convencidos que si por ventura llegaban estos á sublevarse contra el poder colonial y á obtener un triunfo, quedarían ellos asimismo envueltos en la ruina comun. De esta manera su interes, su tranquilidad y aun su vida estaban vinculadas en el interes, la tranquilidad y la vida de sus compatriotas. ¿Cuál era pues la razon de su apego á los indios?

Solo la caridad!

IX.

FR. DOMINGO DE SANTA MARIA.

— Sí, la caridad! . . . La fe hace mudar de asiento las montañas; con la fe dira el hombre á este monte arrójate al mar, y le obedecerá! pero la caridad amalgama todas las naciones para formar una sola, tiende los brazos á todas las razas por incompatibles que parezcan para estrecharlas á su seno de madre, brinda á todos los pueblos los tesoros de su amor para encerrarlos en una sola familia, la humanidad: ella trasforma el mundo viejo en mundo nuevo: al mundo tirania sustituye el mundo libertad; al

mundo miseria y abyeccion, el mundo bienestar y riqueza; y al mundo ignorancia y caos, el mundo pensamiento y esplendor!

La caridad así comprendida era lo que constituía el ser moral é intelectual de nuestros primeros misioneros. De aquí ese celo inaudito con que trataban de abarcar al hombre en todas sus relaciones, y seguirle en todas las situaciones de la vida para derramar en cada una un beneficio; de aquí ese empeño altamente fecundo que convertía al misionero en instrumento de la creencia religiosa y en obrero de la civilización. Vémoslo prácticamente en Fr. Domingo de Santa María.

Bien así como Betanzos y Las Casas son los políticos por escelencia de la orden dominicana, el personaje de que vamos á hablar es el tipo social mas acabado de que con justicia puede gloriarse. Nada se sabe de sus primeros años: todo lo que ha llegado á nuestra noticia es que fué natural de Jerez de la Frontera, y que en su juventud vino á Méjico con su familia, que se avecinó en esta capital. En ella vivieron con honra y distincion merced á su buen comportamiento, siendo el jóven uno de los que en su clase se aventajaban en decencia y apostura.

Con tan buenas prendas estaba muy bienquisto en la sociedad, y en su porvenir le esperaba sonriendo amorosamente la fortuna; pero he aquí que cuando la vida le ofrecía mas halago y seducciones, toma súbitamente la resolucion de encerrarse en el claustro, siendo inútiles todos los esfuerzos que se hicieron para apartarle de su idea.

Dos años despues le vemos convertido en un fraile austero y riguroso consigo mismo, mas al propio tiempo indulgente y amable con los demas. Imagináronse todos que la finura de sus modales, su porte caballeroso y la estrecha amistad que le ligaba con personas de alto puesto, le hacian á propósito para residir en la ciudad, donde su permanencia podia ser provechosa á su convento: así era la verdad; pero él abrigaba pensamientos mas nobles, aspiraciones mas encumbradas, y profesando en toda su estension el principio de que nadie es apóstol entre los suyos, solicita y obtiene del superior el permiso de ir á establecerse en el convento recién fundado de Yanhuitlan, pueblo de la Mixteca.

Su primer cuidado allí es aprender la lengua de los naturales, en cuyo estudio llega á hacer tales progresos, que en breve no

solo fué capaz de enseñarla, sino de reducirla á reglas, y escribir en ella un tratado de la doctrina cristiana.

Una vez dueño de este vehículo para comunicar sus ideas, comienza desde luego la série de sus tareas evangélicas y la divulgacion de los conocimientos y doctrinas que dan por resultado suavizar las costumbres, y mejorar la condicion social de aquellos pueblos. El fué quien los instruyó en el modo de criar la seda, conociendo la buena disposicion del clima para esa suerte de industria, y plantó él mismo é hizo plantar los morales, cuyo cultivo se esmeró en enseñar teórica y prácticamente. Perfeccionó ademas el de los nopales, y señaló los medios mas á propósito para multiplicar los ganados. En una palabra, ofreciendo en una mano el alimento del espíritu y en la otra el pan del cuerpo, trasformó en pocos años el lugar de su residencia y toda la comarca en un jardin delicioso, en una magnífica alquería.

Sin embargo, algun tiempo despues, acatando una orden de su prelado y electo prior de este convento, tuvo que dejar á Yanhuitlan con gran sentimiento de los moradores, y volvió á Méjico, donde residió hasta su muerte, que se verificó siendo provincial. No hace muchos años todavía recordaban los pueblos de la Mixteca con efusion de gratitud el nombre de su buen padre Fr. Domingo de Santa María.

FR. BERNARDINO DE MINAYA.

Observó muy bien el gran Humboldt que los hijos de esa comarca son inteligentes, activos é industriosos, y esto se debe en parte á los dominicos que se establecieron en ella, los cuales convirtieron sus moradas en otros tantos focos de ilustracion y de cultura.